

Cuando digo felicidad ¿qué estoy diciendo?

La felicidad, por tanto, no se ha de conseguir saliendo de nuestra historia ni alejándose de los otros o del mundo, sino insertándose en la situación propia desde la responsabilidad, la fidelidad y el compromiso.

.....
Eloy Bueno de la Fuente

Profesor de la Facultad de Teología
de Burgos.

En 1950 publicaba *Esprit* unas reflexiones de E. Mounier sobre la situación de Suecia, sobre la felicidad que reinaba en aquel país. Una situación prolongada de paz, el desarrollo económico, la multiplicación de las ayudas sociales, la estabilidad política, la ampliación de la educación y la cultura, la superación de la pobreza y de la marginalidad proletaria, la seguridad que acompaña todo el desarrollo vital de cada uno de los ciudadanos... convierte a los suecos en «primeros testigos de la ciudad feliz».

La experiencia de los suecos, advierte lúcidamente Mounier, plantea el problema que se suscitará dentro de treinta años en Europa entera si escapa de la guerra: al suprimir la miseria, quedan suprimidas las enfermedades de la miseria; ¿no se dan sin embargo la enfermedades de la felicidad?, ¿no se van amortiguando las energías y la creatividad?, ¿no se cae en la tentación de una seguridad mediocre?, ¿no se instala el confort psicológico en el valor supremo, sometiéndose incluso a la mentira y a la cobardía, aunque se recubra con la retórica de otras hermosas palabras?, ¿no se introduce la sospecha de haber alcanzado un estado placentero al tiempo que se desdibujan los objetivos?, ¿no puede ser que se trate de un tipo de emancipación que en realidad no libera? «Sería excesivo hablar de un drama actual del alma sueca. Pero el malestar existe bajo la seguridad y el complejo de superioridad colectivo. Anuncia el problema mundial de mañana. Como en las cercanías de los paraísos legendarios, un diluvio de fuego y de tormenta parece negarnos la tierra prometida por la organización científica de la abundancia y la seguridad. Quizás nos sea negada efectivamente. Pero las pocas cabezas de puente que ha logrado establecer en la otra orilla de la pobreza nos invitan por lo menos a plantearnos esta pregunta: ¿está hecho el hombre para la felicidad?, ¿puede guardar en la felicidad la pasión de Prometeo y la divina ternura que nace de la piedad?»

1. La felicidad en el conflicto de las interpretaciones

Estas palabras ponen ante nuestros ojos una serie de cuestiones que plantea la reflexión sobre la felicidad: ¿se

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

puede identificar esa «felicidad de los suecos» con la felicidad para la que el hombre está constituido?, ¿no existe una tensión (o un desgarramiento) interno entre la tendencia a afirmarse prometeicamente por parte del hombre, apoyándose en la satisfacción de sus deseos y apetencias, y la sensibilidad que ha de suscitar el dolor y el sufrimiento de los demás?

Estas preguntas condensan las aporías ante las que se encuentra situada la felicidad, que merecen ser enumeradas de modo esquemático: ¿consiste la felicidad en una experiencia subjetiva o en la existencia de una serie de rasgos o de aspectos objetivos?, ¿es posible que alguien se sienta feliz aunque otros desde fuera consideren que ello es imposible dadas las circunstancias en las que se encuentra?, ¿ha de pensarse en la felicidad como en un estado provisional o sólo se puede aplicar a situaciones de carácter permanente y definitivo?, ¿puede la felicidad ser pensada y vivida de modo individual o deben ser incluidos de modo necesario los otros?, ¿hay que entender la felicidad como un estado ideal o se debe reconocer que es inevitable no aspirar más que a la felicidad posible dentro de la limitación y contingencia del mundo?, ¿es la felicidad un hecho constante o debe irse modelando y moldeando según las circunstancias de cada época histórica?, ¿es posible definir la felicidad desde su contrario, la desgracia o la infelicidad, es decir, resulta posible afirmar que en lo que se considera desgracia (pobreza, soledad, enfermedad, sufrimiento...) no es posible la felicidad?

El análisis de estas cuestiones nos sitúa con claridad ante la verdadera cuestión: ¿de quién hablamos cuando hablamos de «ser feliz»? ¿quién es el ser a quien atribuimos la felicidad? Hablar de felicidad en abstracto puede desorientarnos pensando en «cosas» que se tienen o en «cualidades» que deben darse, olvidando que en realidad sólo la persona, el hombre en cuanto persona, es el que puede considerarse feliz. Ésta es la idea que pretendemos exponer: la felicidad sólo puede entenderse desde la persona, como realidad personal, y sólo desde esa perspectiva se pueden comprender y «solucionar» las cuestiones planteadas anteriormente. Esta concepción, sin embargo, debe diferenciarse de dos modos (a nuestro juicio) insuficientes en la concepción de la felicidad: el pensamiento antiguo (greco-medieval) ha centrado su concepción de la felicidad en una visión del hombre como sustancia o naturaleza, y el pensamiento moderno en la consideración del hombre como autoconciencia, como sujeto. Frente a una y otra postura hay que reivindicar la concepción personalista de la felicidad y, por ello, la consideración del hombre como persona y, en consecuencia, como capaz de felicidad (en la medida precisamente en que sea persona).

2. La felicidad a la luz de la naturaleza del hombre

Con ello queremos decir que durante muchos siglos la felicidad era considerada como la aspiración común de todos los hombres. Esta felicidad, sin embargo, era analizada desde los criterios de una concepción pre-personal del hombre: a la luz de lo que él es como naturaleza o como sustancia (por tanto, en función del despliegue de sus dinamos naturales).

En esta línea podemos mencionar nombres prototípicos como Aristóteles, Epicuro, Séneca, san Agustín. En todos ellos juega un enorme papel la noción de naturaleza. En definitiva, la felicidad consiste en adecuarse a la naturaleza, sea como ejercicio o despliegue de nuestras actividades y facultades (Aristóteles), sea como búsqueda de un equilibrio entre los deseos y el placer (Epicuro), sea contentándose con la propia suerte en función de lo que indica el juicio recto (Séneca), sea llegando a la contemplación de Dios —en la vida eterna— en cuanto objeto al que tienden nuestras facultades (S. Agustín).

A todas estas concepciones se les pueden dirigir algunas objeciones, que centramos fundamentalmente en Aristóteles: al acentuar el aspecto contemplativo de la finalidad de nuestras facultades, queda relegado el compromiso y la inserción en el mundo así como la responsabilidad ante los demás y por los demás; esta dimensión abstracta e «irresponsable» va acompañada de un elitismo que vive de un desprecio o de una minusvaloración (al menos latente) respecto a la muchedumbre, a la «masa»; se opta por un esteticismo que contempla la realidad concreta desde la distancia y que, por ello, rehuye la radicalidad y los extremos, dado que la felicidad y la virtud hay que buscarlas en el justo medio. Ello no excluye el reconocimiento de aspectos positivos en su valoración de la virtud y del hábito que debe cultivar cada hombre, pues evita caer en el arbitrio y en el capricho, pero en definitiva todo ello no es contemplado desde la perspectiva de lo personal.

Del mundo antiguo, sin embargo, emerge una voz distinta y nueva, discordante e insospechada: el evangelio de Jesús. Representa una provocación y una interpelación porque quiebra los presupuestos sustancialistas indicados: sólo se puede hablar de felicidad desde un amor previo, que es el que suscita la lógica de lo personal y de la gratuidad. Por eso Jesús, de un modo escandaloso para la cultura antigua, puede declarar dichosos y felices a quienes son pobres y están oprimidos, a quienes lloran y son perseguidos. Proclama además una dicha que se da en el presente, justamente en situaciones tan desfavorables. El presupuesto de fondo es el decisivo: porque son amados (por Dios) precisamente en la concreción de su circunstancia, pues son hijos, personas. Dios, superando las divi-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA



Eloy Bueno (izda.)
con Luis Enrique Hernández.

siones del mundo, se ha puesto de su parte. La lógica de lo gratuito, que es la lógica de lo personal, es lo que se convierte en manantial y en criterio de la felicidad.

3. La felicidad del hombre como sujeto

La época moderna va a introducir una inflexión decisiva en la concepción del hombre y por ello en la de la felicidad, hasta el punto de que la idea misma de felicidad va a jugar un espacio menor en las obras de los grandes filósofos, porque las preocupaciones, las motivaciones y los intereses han cambiado. Es otro hombre (otro tipo de hombre) el que se convierte en protagonista de la historia.

El hombre se afirma como sujeto porque se autoconstituye como centro de la realidad, en torno al cual debe girar todo lo que existe. Ni siquiera la naturaleza es previa al hombre: también ella debe ser afirmada desde el hombre y debe estar a disposición del hombre. El nuevo tipo de razón, la primacía de la conciencia, las posibilidades de la ciencia cuando se despliega a través de la técnica, la aventura de la emancipación, el saboreo de una libertad autónoma y sin controles... forman las coordenadas de un nuevo escenario en que el nuevo protagonista —el hombre moderno— va a convertirse en el señor de la historia y en el criterio único y exclusivo de lo que existe o de lo que vale.

Es significativo y sintomático leer algunas afirmaciones del *Discurso del método* (1637) de Descartes, auténtica obertura del nuevo modo de situarse ante la realidad: es reiterativa su insistencia en abandonar los estudios de letras y volverse a las ciencias, porque sólo de éstas se pueden sacar efectos y provecho; en lugar de la filosofía especulativa, las ciencias aportan conocimientos muy

útiles para la vida y procuran así el bien general de todos los hombres: gozar de los frutos de la tierra, desarrollar las comodidades para la vida del hombre, la conservación de la salud, que es el primer bien y el fundamento de los otros bienes de esta vida... Nos encontramos con una modulación de la felicidad que va a ser traducida como bienestar (lenguaje más habitual ya que el de felicidad) o disfrute.

No se encuentra tan distante de esta postura —aunque pueda parecer paradójico— un autor como Hume cuando rechaza como criterio de moralidad las ideas claras de la razón, o las estructuras fijas de la naturaleza o la referencia a la identidad personal. Basta recurrir al propio pecho: la moral es más sentida que juzgada y por ello hay que apoyarse en los sentimientos de aprobación/desaprobación o en las impresiones agradables/desagradables. Frente a esta unilateralidad se opone Kant con su reivindicación de la moral racional y su relegación de la felicidad en el campo de la moral. Pero tampoco el yo de Kant sale de su egoísmo y de su amor propio, se aleja de la experiencia concreta y de las exigencias de la interpersonalidad.

Estas nuevas perspectivas quedan consolidadas por la gran transformación que significa la constitución nueva de la economía, que pretendía explicar (y potenciar) la riqueza recientemente experimentada por las naciones y la posibilidad de un crecimiento continuo. Se trata de uno de los momentos transcendentales de la historia humana, que van a dar origen a una curiosa e inquietante paradoja: el hombre encuentra una enorme abundancia de medios para satisfacer sus necesidades y dar cauce a sus apetencias e instintos, mientras que va quedando reducido a un elemento del dinamismo económico, sea como «fuerza de trabajo» sea como «consumidor de ob-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

jetos». La economía no se integra en la red de las relaciones sociales sino que va a ir convirtiéndose en la lógica determinante de todas las relaciones sociales. El hombre, que se había afirmado como sujeto, acababa reducido a cosa (ni siquiera a naturaleza o a sustancia) en el sistema omnipotente de la producción y del consumo.

Dentro de esta lógica se puede captar el hondo y auténtico significado de algunas propuestas acerca de la felicidad humana. El proyecto hegeliano parece la transcripción especulativa del proyecto histórico de la civilización burguesa occidental, capaz de desinteresarse de los sufrimientos concretos en aras del éxito de la marcha del Espíritu. Marx denunciará con fuerza y energía la desgracia que la nueva economía política descarga sobre el hombre, al convertirlo en máquina de producir y de consumir. Su protesta no debe quedar oscurecida por el hecho de que, a la larga, desemboca en una concepción apersonal del destino del hombre (equivalente por ello, a pesar de todo, a la de Hegel). Las concepciones utilitaristas, aun en sus versiones más matizadas y transformadas, como las de Stuart Mill, no pueden eludir la pregunta que él mismo se planteó en sus meses de crisis personal: aunque se logren todas las metas de la vida y del progreso, aunque se instaure una mayor democracia para todos, aunque el bienestar esté más generalizado ¿se logrará la verdadera alegría?, ¿no es el hombre algo más que sus capacidades de desarrollo y de disfrute en el marco liberal y democrático? F. Nietzsche, con su actitud de amor/odio ante el sufrimiento, no hace más que reflejar la tensión entre la lógica (apolínea) de la razón y del progreso, y la lógica (dionisiaca) del retorno a la naturaleza y a la vida como única posibilidad de plenitud aun en medio de los dolores y crueldades que el ritmo anónimo de la vida genera. Estas concepciones se prolongan hasta nuestro presente, aunque moduladas por el neoliberalismo/globalización y la postmodernidad.

4. El hombre, ser felicitario por ser persona

Entre la doble vía descubierta en la historia, con sus presupuestos e implicaciones, se hace necesario recuperar el carácter o dimensión personal del hombre para comprender qué es la felicidad (mejor aún, de quién podemos decir que es feliz) para, de este modo, afrontar y reorientar las capacidades naturales y las posibilidades económicas y políticas del ser humano y de nuestras sociedades contemporáneas. Desde la lógica de la persona se puede lograr ser feliz y de este modo comprometerse en el proyecto de introducir una nueva lógica en las relaciones personales y sociales.

Frente a las posturas mencionadas podemos afirmar que lo personal es lo irreductible a la naturaleza y a la

subjetualidad, es decir, aquello peculiar en el hombre que no puede quedar reducido a (o absorbido por) la naturaleza/sustancia o por la subjetividad/conciencia. Aquí encontramos el eco de la voz del evangelio que ya mencionamos y que, a nuestro juicio, representa la aportación más peculiar y original del cristianismo en la historia de la cultura.

Dicho de modo positivo en una forma fácilmente comprensible: la persona es el nombre que a cada uno le llama a la existencia y a la historia. Este nombre es único e irrepetible. Al nivel de lo personal no hay nombres comunes o genéricos, se trata siempre de un nombre propio, aquel por el que yo soy llamado y que por ello quedo liberado del anonimato de la naturaleza y de la conciencia. Si no hubiera el nombre por el que se me llama yo hubiera quedado reducido al nivel de lo prepersonal (de la naturaleza que funciona de modo mecánico o de la razón que analiza la realidad como un ordenador).

Si hay nombre propio con el que se me interpela ello significa que hay una llamada y una invitación, una donación previa en virtud de la cual quedo incorporado a un diálogo, a una historia, a un proyecto. La relacionalidad, la interpersonalidad, la responsabilidad, la apertura histórica no es algo añadido a la persona, son irradiaciones diversas de la realidad personal. Toda persona por ello es enviada-a, con una misión y un proyecto, con apertura a la comunicación y exigencia de fidelidad.

La felicidad de la persona es por tanto la alegría que suscita el despliegue y el desarrollo de la propia misión, la consagración al encuentro y a la respuesta en virtud de la llamada/envío que me constituye. Esa alegría (contenido y aroma de la felicidad) no queda determinada por las circunstancias, pues se encuentra a otro nivel, vive de aguas más profundas. La felicidad, por tanto, no se ha de conseguir saliendo de nuestra historia ni alejándose de los otros o del mundo, sino insertándose en la situación propia desde la responsabilidad, la fidelidad y el compromiso.

Al tiempo que explica qué se quiere decir con el término «felicidad», esta concepción de la persona fundamenta y explica el sentido de la moral. Ser moral, ser feliz, ser persona acaban en el fondo confluyendo, porque desde ángulos diversos se alimentan y viven de la alegría que provoca la llamada/envío: al vivir agradecidamente de un amor primero, el don recibido (como la alegría) debe refluir en el encuentro con los demás, en la solidaridad con quien lo necesite, en la sensibilidad para escuchar el lamento de los sufrientes, para actuar en la realidad desde criterios personales, para no contemplar cósicamente las relaciones sociales... De este modo quedarían superadas las «enfermedades de la felicidad», porque la felicidad brotaría de la alegría de ser persona.